

Precio 15 céntimos



CARMEN

LA SAETA

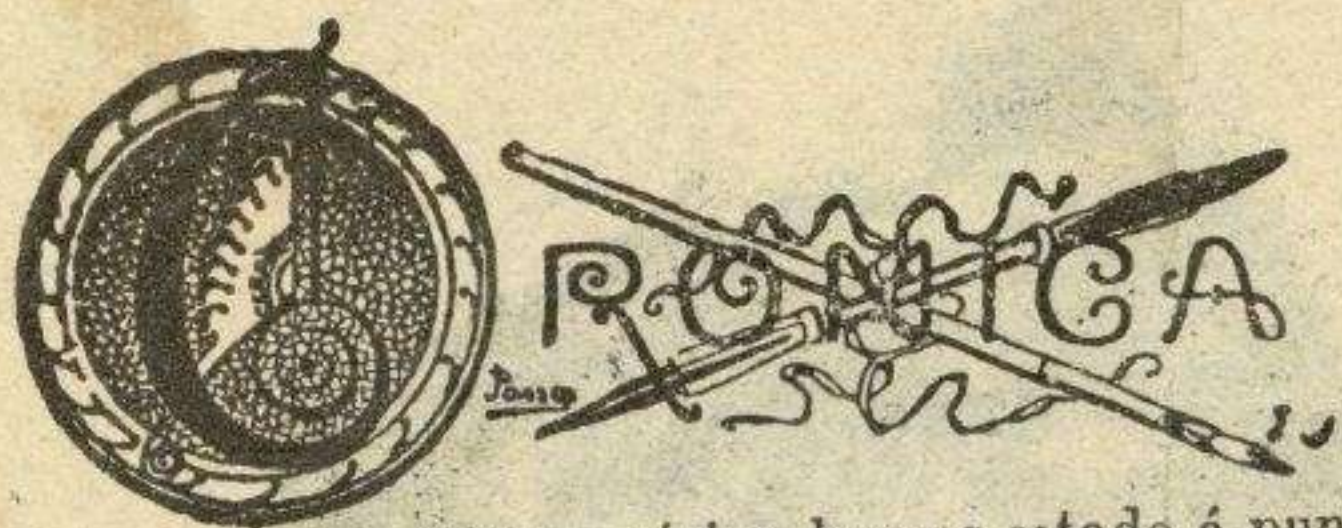
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA

ADVERTENCIA

Para celebrar los dos años que Dios mediante llevaremos de publicación, preparamos un número almanaque que verá la luz el 15 del próximo mes. Nuestro director artístico se está esmerando por hacerlo cual se merecen nuestros lectores, y nuestro director literario y colaboración se aprestan á secundarlo. Hacemos esta advertencia con tiempo á fin de que los corresponsales hagan los pedidos que necesiten.



Según los periódicos serios hemos estado á punto de arreglar un matrimonio entre el hijo de don Carlos y la princesita.

Por lo que á nosotros toca lo hubiéramos deseado.

Ver á los carlistas en el Palacio Real de Madrid hubiera sido un espectáculo hermoso, aunque corto, un espectáculo-relámpago, como si dijésemos.

Porque nadie nos quita de la cabeza que solo hubieran durado una semana.

¿Qué pueblo hay que pueda soportar á los carlistas?

Hubieran comenzado por ponernos presbíteros hasta en la sepa.

Luego, con el objeto de velar por nuestra alma, nos hubieran metido cuatro ó cinco horas diarias dentro de las iglesias, lugares húmedos donde se suelen pillar unos reumas de padre y muy señor mío.

Asimismo nos hubieran hecho descargar el saco de los pecados una vez por semana en el seno amoroso de los confesores, bajo pena de multa, prisión y confiscación de bienes.

Más vale que se hayan arreglado los cosas de otro modo, por que, de venir los carlistas, tendríamos al marqués de Entrecornillas ejerciendo de Torquemada, y escusamos decir si LA SAETA sería guisada en su propia salsa.

Por ahora, gracias á la salud del rey-niño, recobra acaso por mediación divina, estamos libres de barbaridades.

Porque ¿me querrán ustedes decir lo que sería de los periodistas si gobernasen todos los tunos hipócritas que se cobijan bajo el manto de la religión?

Pues que irían todos á Ceuta, los que no fuesen al palo.

Ahora dicen que los carlistas no tienen predicamento, y, sin embargo, han podido meter al director de *La Tramontana* en la cárcel.

¡Digo, qué sería el día que mandasen á cara descubierta!

A pesar de ser conservador, el Sr. Durán y Bas es una persona respetabilísima. Todos los actos que informan su vida lo demuestran, y el contraste que forma con el *currinche* Planas y Casals no puede ser más notable.

Ahora mismo, en el Congreso católico que se celebra en Sevilla,—cual Congreso á buen seguro que no será disuelto y perseguido como el de libre pensadores de Madrid—ha dicho el Sr. Durán y Bas una frase que las clases pudientes ó directoras deberían tener siempre presente.

Ha dicho el ilustre jurisconsulto:

«Que si las clases pudientes dedicasen la mitad de lo que malgastan al auxilio de los buenos obreros, quedaría acto seguido resuelto el problema social».

Somos en parte de ese mismo parecer, y bueno fuera que se comenzase á dar el ejemplo.

A ver, señorito don Fulano, en vez de entretener una bailarina entretenga usted media nada más.

Y usted, don Perenganito, que me va usted todos los días á la mejor fonda y bebe usted champagne del más delicado... inmediatamente, ¡al restaurant Martin!

Y tú, sietemesina criatura, que te paseas todo el día en un magnífico coche de dos caballos, hazme el favor de dejar todo ese fausto y comprarte una modesta *charrette* con su correspondiente *jajita*, como dicen algunos perturbadores de la lengua.

Y vos ilustre dama, que gastais dos pendientes, uno nada más os corresponde; y ese vestido de seda con el que tan orgullosa os mostrais, debe ser recortado desde la rodilla para abajo.

La mitad, la mitad de todo lo que malgastais debe ser dado al obrero para resolver el problema social. La mitad de la butaca del teatro; la mitad del puro habano que fumais, es decir, la colilla; la mitad del bastón en que os apoyais... la mitad de todo, en una palabra.

Solo vuestras mitades se os deben respetar, porque tener mujer no es un malgasto.

Y ahora, dejando bromas á un lado, enviamos nuestro aplauso al Sr. Durán y Bas porque ha propuesto algo práctico.

Pero ¡ay! ya verá ese señor como las clases pudientes no le hacen caso.

Se dice, sin que salgamos garantes de la noticia, que el paseo de Colón continuará en la forma que está hasta el día de difuntos.

El objeto no es otro que representar en él el *Don Juan Tenorio*. Sobre todo, las escenas del cementerio.

Allí está la estatua de D. Gonzalo, que es aquel ídolo picado de viruelas que lleva un pueblo en la cabeza. Luis Mejía es aquel otro ídolo chato que está sentado como una criatura. Doña Inés del alma mía, es una de aquellas dos señoras echadas boca arriba que tienen alas en las orejas. Como fantasmas vanos tenemos allí un personal excelente.

Aquellos indios bravos sirven para llenar este cometido, lo mismo que las indias, que ya se podían

subir un poco más las esteras y taparse aquellos indecorosos pucheros.

Creemos que un Tenorio representado en tales condiciones, había de atraer más forasteros que trajo don Cristobal por el Centenario.

Porque, vamos, un cementario así, tan macizo, no se encuentra en un dos por tres.

* * *

Luis Taboada, el salerosísimo Luis Taboada, acaba de publicar el quinto tomo de sus regocijados artículos.

En otro lugar de nuestro semanario verán nuestros lectores una muestra de lo que es aquella tela.

Media otra circunstancia que le hace más recomendable. Esta vez Luis se ha metido á editor de sus propias obras, y sabido por lo tanto es que la ganancia, si la hay —que sí la habrá— se la ha de llevar el que tan justamente se la ha ganado.

Tambien este tomo de Luis tiene otro aliciente. Casi todos los artículos que en él van son inéditos.

Por todo cuanto llevo dicho, darías, querido lector, hasta pruebas de tener mala entraña, si no sacases inmediatamente catorce reales de tu bolsillo, fueses á la primera librería que hallases á mano y pidieses el *Titirimundi*, que así se titula el libro del amigo Taboada.

Despues de leído, estoy seguro de que me darás las gracias por la recomendación.

Tuyo afectísimo

ELIDAN.

ESCENAS DE UNA COMEDIA INÉOITA

CUADRO III

LA NINFA DE LA FUENTE

Bosque frondoso. En medio una gran fuente de forma caprichosa. Es casi de noche.

ESCENA ÚNICA

La Africana, Bribón, luego La Ninfa

Bribón. Este es el lugar, princesa.

Africana. Gracias á tí, bribón, podré vengarme de este ingrato.

Si; esta es la antigua fuente en que habita mi protectora; pero ¿podré verla? ¿Responderá á mi voz?

¡Oh tú, ninfa de la fuente,

Mi protectora!

Escucha la voz doliente
De quien tu favor implora.
Oye mis amargas quejas,
Que son de amor;
Ninfa, si de mí te alejas,
Me moriré de dolor.

(Abrese la fuente y se ve á la Ninfa dormida sobre un lecho de plantas acuáticas y rodeada de luz.)

Ninfa. ¿Qué me quieres, Africana?
¿Qué buscas en estos sitios?

Africana. Ninfa. Invoco tu poder,
Porque á la venganza aspiro.

Ninfa. Vengarte, ¿de quién?

Africana. Del mónstruo
Que mi corazón ha herido
Con una intención más negra
Que esta piel en que yo vivo,
Y con un alma más dura
Que el basalto ó que el granito.
Escucha. En medio á los mares,

Por las olas combatido,
Existe para mi daño
El gran Imperio Amarillo.
Todo es amarillo en él;
No por que el sol matutino
Pinte con sus rayos de oro
Ciudades, campos y riscos;
Que luego se oculta el sol,
Y en el cielo oscurecido
La virgen de las Tinieblas
Asoma el rostro argentino.
Y vela de los mortales
El sueño turbio ó tranquilo;
Sino por que plugo al cielo
Darle ese color aurífero.
Allí no hay la *sed de oro*
Por que todo es *amarillo*.
Allí la ciencia de Hipócrates
No registra en sus capítulos
La cura de la *ictericia*,
Por que todo es *amarillo*.
Allí gilgueros, gorriones
Y ruiñeñores y mirlos...
Todos son *canarios*... todos.
Por que todo es *amarillo*.
Allí el vate laureado
Ciñe una corona altiva
Y... ¡ay! *esa corona es fúnebre*
Porque todo es *amarillo*.
Allí ministros togados,
Si van de toga vestidos,
Son ministros *regicidas*
Por que todo es *amarillo*.
Allí penden de los árboles
Los frutos más esquisitos,
Y nunca *están verdes*, nunca,
Por que todo es *amarillo*.
Allí no pide el amante
La *blanca mano* de su ídolo;
Pide tan sólo la mano,
Por que todo es *amarillo*.
Allí son todos iguales;
Allí no hay tontos ni listos;
Allí *brilla* todo el mundo
Por que todo es *amarillo*.
Pues bien, Ninfa de la fuente;
El mónstruo que me ha ofendido
Es el presunto heredero
Del gran Imperio Amarillo.
Le adoro, y él me desprecia;
Vengarme, pues, necesito.
La *Princesa Deseada*
Es hoy de mi amante el ídolo,
Y con ella en tierno lazo
Pretende vivir unido.
Ahora dime, ¿qué podré
Esperar de tí?

Ninfa.

El castigo

De la *Princesa Deseada*,
De tu amante, y del indigno
Monarca de las *Campanas*,
El cual fué padre á los cinco
Lustros de su matrimonio
Por mi poder infinito.
Africana, yo también
Una ofensa he recibido,
Y te ayudaré á vengarte.
Mañana, en el laberíntico
Bosque de los *Sicomoros*,
A dos leguas de este sitio,
Haré pedazos mi vara
Ó lograré mis designios.

LOS DE FUERA



Clichés que quedan en las fotografías baratas, de las gentes que han venido al Centenario



—¿Está el Sr. Cánovas?
—No recibe.
—Hombre, pues lo siento, porque yo he sido secretario del Ayuntamiento de Villatontaina y sentiria mucho que se quedase con el deseo de tratarme personalmente.

El Príncipe será tuyo;
Campanudo será mío,
Y la Princesa Deseada
Sufrirá cruel martirio.
Adios.

Africana. Ninfa de la Fuente,
En tu protección confío.
(La Ninfa desaparece)

Bribón; mañana en el bosque
De los Sicomoros.

Bribón. Sirvo
Á tus órdenes, Princesa.
Africana. (Me vengaré del inicuo)

(Vanse por el fondo.)

RICARDO DE LA VEGA

EL TALLER DE LA BELLEZA

Hay descubrimientos maravillosos.

Un farmacéutico alemán ha inventado cierta pomada misteriosa que oculta los hoyos de las viruelas y convierte en terso el rostro más resquebrajado.

Ahora se dice que otro sujeto, francés de nacionalidad, ha establecido un taller, que él titula «de la belleza» donde se reforman las fisonomías á precios módicos.

Se acabaron los feos. Una faz, por horrible que sea, puede convertirse en hermosa con sólo ir á casa del famoso reformador y someterse á sus procedimientos.

Cítanse ya muchos casos de metamorfosis prodigiosas, y entre ellos el de una señorita que tenía el rostro lo mismo que una lombarda á causa de una erisipela aguda. Aquel color amarillado fué poco á poco adquiriendo tintas suaves, y hoy la señorita es un prodigio de belleza y está para casarse con un bailarín del rango francés, tan flexible como hermoso.

Para conseguir la reforma del «físico» basta presentarse en el establecimiento creado por el famoso doctor francés y abonar una pequeña suma ó cuota de entrada.

El doctor comienza por sumergir el rostro del cliente en una palangana llena de un líquido oscuro y viscoso. Allí permanece durante media hora, al cabo de la cual coge el rostro y lo fricciona con un cepillo seco, hasta dejarlo blanducho y reluciente. Entonces comienza el interrogatorio:

—¿Cómo quiere usted la nariz?
—Griega—responde el interesado.
—¿Completamente griega?
—Sí, señor.
—Bueno.

El doctor coge la nariz y la oprime dulcemente por la punta hasta dejarla á su gusto.

—Voy á darle un poco de expresión al ojo derecho, que lo tiene usted amortiguado—añade el doctor.

Y mete en el ojo una especie de pincel metálico, después de sumergirle en un líquido color de chocolate.

—¿Quiere usted que la mirada revele cierto frenesí mal reprimido?—añade.

—Sí, señor.
—Perfectamente.

Para dar frenesí á la mirada, el doctor emplea unos polvos verdes, con los cuales empolvorea los ojos del cliente. El efecto de los polvos no se hace esperar, y á los cinco minutos la mirada resulta frenética al par que dulce.

Dícese que el doctor francés piensa establecer en

Madrid una sucursal, y todos los feos se han regocijado, por que esperan que cesen las incorrecciones de sus semblantes.

No han de faltar parroquianos en el nuevo establecimiento.

—Tilín... tin... tin.

—¿Quién?

—¿Es aquí donde le arreglan á uno la fisonomía?

—Sí, señor; pase usted.

—Pues yo vengo á ver si me saca usted punta á la nariz. La tengo chata á consecuencia de una cuestión.

—¡Hombre!

—Tuve unas palabras con un amigo sobre si la Montes era medio soprano ó soprano completa, y él, que es muy vehemente, me pegó en las narices con una silla baja. Desde entonces se me han encogido y por más cosas que he hecho no vuelven á su ser natural.

—Siéntese usted en esa butaca. Perfectamente. Meta usted el rostro en este barreño. ¡Ajajá! Ahora, estése usted quieto durante media hora...

—¡Me ahogo!

—Aguante usted todo lo que pueda. La cuestión es que se ablande el cutis hasta dejarlo como gelatina. Después, yo me encargaré de arreglar las facciones.

—Pero...

—¡Al barreño!

¡Al cabo de media hora, el doctor comienza á operar en aquella cara, empleando, ora los dedos, ora unos estiletes de asta de ciervo, ora unas pinzas, ora unos zorros, con los que sacude el polvo desprendido de la faz del parroquiano, y algunos minutos después, éste se ha convertido en sér hermoso y con derecho á figurar entre los primeros guapos de la provincia.

En el establecimiento habrá profesores que vayan á domicilio, y tendremos la ventaja de avisar cuando sea necesario.

—¿Pueden ustedes venir corriendo á la calle del Salitre?

—¿Qué ocurre?

—Hay una señora que se quiere casar, y tiene la cara torcida, por cuya razón no encuentra persona que se resuelva á llevarla á los altares.

—Bien; dígame usted que ahora mismo irá el encargado de los rostros torcidos.

—Es que corre mucha prisa, porque ella se va consumiendo á pasos agigantados.

Llega un yerno, y dice:

—Necesito un profesor de belleza.

—¿Para qué?

—Para que me acompañe á la plaza del Biombo ahora mismo.

—¿Qué ocurre?

—Que á mi mamá política se la desprende el labio inferior, y esto la afea muchísimo.

—Ahora no podemos ir, porque le estamos endulzando la mirada á un diputado provincial.

—Pues corre mucha prisa.

—Dígame usted que mientras no podemos ir se envuelva el labio en papel secante y que nos espere tranquila.

Es una suerte muy grande esta de tener quien nos hermosee por poco dinero.

A mí me hace falta, por ejemplo, una nariz aguilena, por que se le ha antojado á mi novia ó por que me he cansado de la que tengo, y voy al taller de la belleza y me la ponen por ocho ó nueve reales.

—Ea, ya está la nariz—dice el doctor.—¿Necesita usted algo más?

—Hombre, sí. ¿Cuánto cuestan unas mejillas turgentes?

—Las hay de tres pesetas y de tres cincuenta.

—Pues póngame usted unas de las más baratas, aunque duren poco.

—¿Poco? Se las garantizamos á usted por año y medio. ¿Hace?

—Sí, señor; pongámelas usted, y le advierto que soy de la prensa.

—¿De la prensa? Entonces le rebajaré á usted un diez por ciento, y además tendré mucho gusto en achicarle la boca, gratis. ¿Quiere usted una boca de mancebo de botica tímido? ¿O prefiere usted la boca picaresca de los dependientes de ultramarinos?

—En la boca no necesito modificaciones de ninguna clase. La tengo muy corriente para decir lo que se me ocurra.

—¿Y qué se le ocurre á usted?

—Se me ocurre que los escritores ganamos muy poco, y que hoy los únicos que sacan partido son los charlatanes como usted y todos los que pertenecen al «taller de la belleza.»

LUIS TABOADA.

ELLA ES TODO

Mis dichas en ella están:
Mi hija para mí lo es todo.
En su amor, á mi acomodo,
hallo fuego y aire y pan.

Si mi cariñoso afán
alguien negarlo pretende,
la realidad no comprende:
Es *pan* porque me alimenta,
es *aire* porque me alienta,
es *fuego* porque me enciende.

De su cariño al calor,
templo mi lira y mi encanto;
ella es todo, risa y llanto
y es esperanza y temor.

Sollozo con su dolor:
sonríó alegre al mirarla;
pero advierto al contemplarla
que siempre exceden al verla
los temores de perderla
á las dichas de encontrarla.

Y es tanto lo que la adoro
y es tan grande esta pasión,
que hallo estrecho el corazón
para encerrar mi tesoro.

Espacio al cielo le imploro
para tanta inmensidad
y al no lograr mi ansiedad
comparto su amor contento,
mitad en el pensamiento
y en el alma otra mitad.

Así alcancé á compartir
esa carga dulce y bella
y sin su amor y sin ella
no sé pensar ni sentir.

Mi gozar ó mi sufrir
pende de esa luz querida.
A su suerte encuentro unida
mi suerte adversa ó en calma,
que ella es alma de mi alma
y ella es vida de mi vida.

—
Cuando dormido la miro,

con mi silencio quisiera
que el mundo entero durmiera
sin exhalar un suspiro.

Hasta el aire que respiro
detengo en mi amante exceso
y si su dulce embeleso
á besarla me provoca
detengo el beso en mi boca
y con los ojos la beso.

—
Si la luz del alma mia
sus fulgores me negara,
en su frente la encontrara
y en sus ojos la hallaría.

Ella es tierna poesía,
ella es mi dulce desvelo
y mi paz y mi consuelo,
y en ella mi fé se encierra,
¡porque ese ángel en la tierra
me indica un Dios en el cielo!

JOSÉ JACKSON VEYEN

LOS MÉDICOS

¡Pobres médicos!

Desde Molière, y aun muchos siglos antes, han servido para hacer chascarrillos.

Con el casero, la suegra y el cochero, suministran elementos para la chacota universal.

¿Quién no conoce las mil y mil anécdotas que se han escrito á propósito de los médicos?

Los califican de verdugos de las humanidad, y los guasones que defienden la homeopatía dicen que si se mueren con este sistema menos que con el de la alopátia, consiste en que como todo lo curan los homeópatas con cucharadas de agua clara, dejan obrar á la naturaleza, no interviene la medicina y el paciente se salva.

Cuando estamos en plena salud, abominamos de los esculapios.

El que escribe estos renglones tiene un amigo médico á quien siempre le está diciendo:

—No se apure usted, doctor; el día que quiera suicidarme, le llamaré á usted.

Pero todos los que somos espíritus fuertes contra la medicina, cuando tenemos un hijo ó la mujer enfermos, lo primero que hacemos es llamar acongojados al médico.

¡Con qué inmensa esperanza le vemos entrar en casa!

—¿Qué le parece á usted, doctor?

—No sé. Esto se puede complicar.

—¡Por el amor de Dios! ¡Sálvele usted, doctor!— si se trata de un hijo especialmente.

¡Cómo nos fijamos entonces en los ojos del médico, en sus menores gestos!

¿Pone mala cara? Pésima señal.

Y entonces son las congojas.

Al salir, el padre se acerca tembloroso:

—¿No será nada, eh?

—Yo no puedo responder. Veremos mañana.

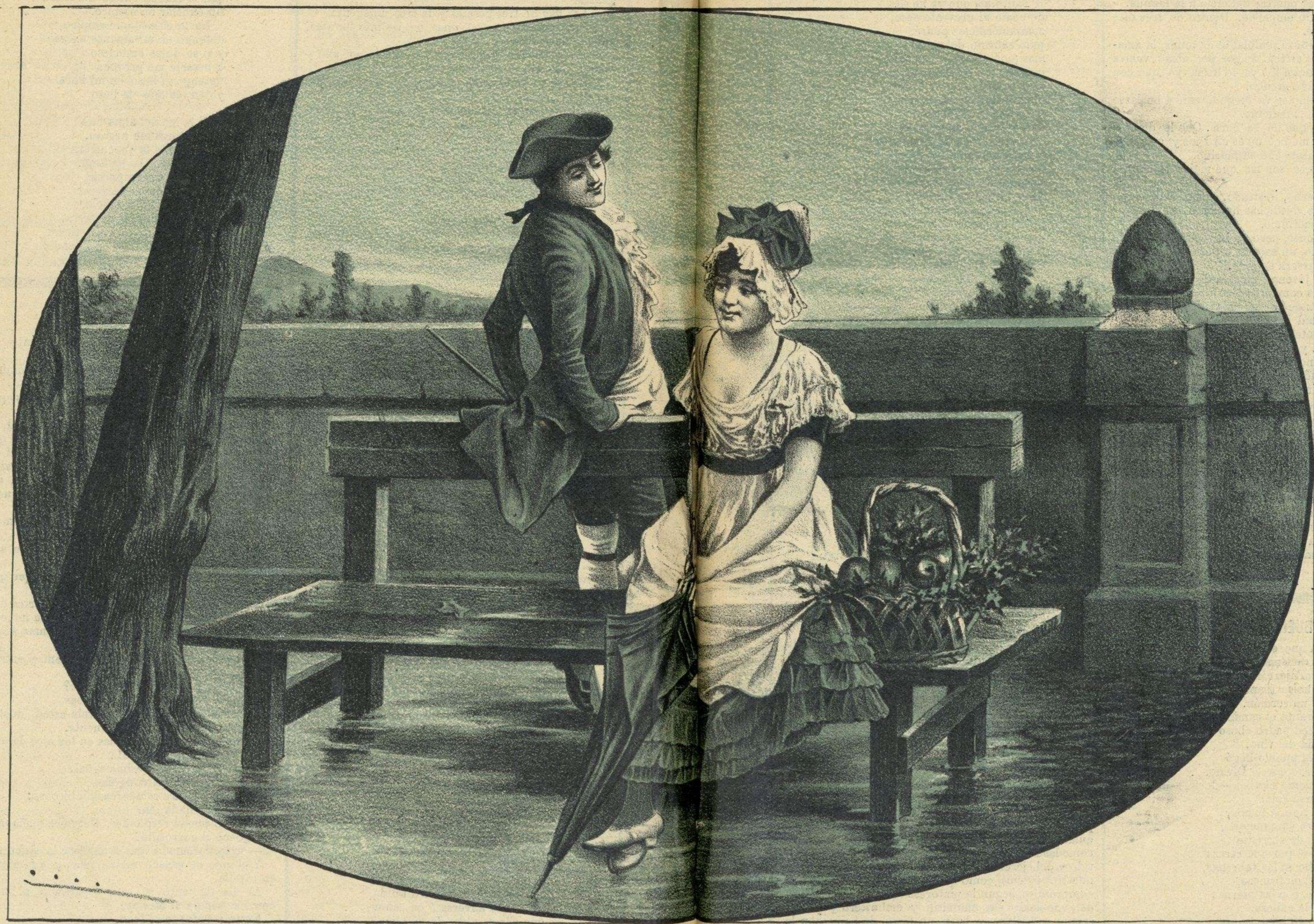
—¿Será el garrotillo?

—Aguardaremos á que se declare la enfermedad. Y el niño ha pasado mala noche, y la familia está en capilla.

Al día siguiente se está esperando al médico como se espera al Mesías.

Entra y todos le rodean.

—¡Ha tosido! ¡Ha sudado! ¡Ha tenido fiebre! ¡Ha pedido agua! Y cada uno dice lo que ha observado en el enfermito.



¡ENAMORÁ!

Llega el médico, examina y dice estas palabras, con las que abre las puertas del cielo á la familia.

—No es nada. Un empacho. Dentro de tres días correrá por la calle.

Es de ver entonces el semblante de todos, la amabilidad. Doctor por arriba, doctor por abajo, vuelva usted; ¡qué entendido! ¡Si ya lo decía yo que con usted no hay cuidado alguno!

Y el padre del niño se va luego al café á burlarse del médico y de la medicina.

La madre es la que no se burla. Que le digan á una madre que el médico no es un Dios y está dispuesta á pelearse hasta con su marido.

Porque las madres son las que mejor sienten el médico.

El médico moderno, ilustrado, compasivo, constante testigo de las desdichas humanas, es el mejor templado para el sacrificio.

Hay sus excepciones, pero en la generalidad se ve un desprendimiento, un sacrificio por el prójimo que en ninguna otra carrera se nota.

Yo veo médicos jóvenes, escasos de recursos, que visitan á los pobres con verdadero amor paternal, y casi siempre en vez de cobrar las visitas dejan alguna pequeña cantidad para las recetas.

Crearse una clientela implica una serie de años de trabajos ímprobos, y no tener un momento tranquilo ni de día ni de noche.

Yo desearía rendirles el tributo que se merecen. De mí solo sé decir que, aparte las bromas inofensivas y de cajón que suelo gastarles, es la clase que más simpatías me inspira, porque tal vez es la que mejor ha comprendido su misión sobre la tierra.

¡Aliviar los males de sus semejantes! ¡Puede darse cosa más pura y más santa!

Y no se me venga diciendo por espíritu materialista que para eso cobran, porque al final de cuentas estamos seguros de que más son las cantidades que no les han pagado, que las cobradas.

Todos los hombres trabajadores, en su carrera, hacen un bien á la humanidad, pero dudamos que nadie aventaje al médico,—á no ser el filósofo.

DANIEL ORTÍZ.

BUEN SERMON

Cuentan que en cierta ocasión el párroco de Bendones, don Ciriaco Pajarón, caminaba hacia Llantones á predicar un sermón.

Pero durante el camino tanto el buen padre abusó de la bebida del vino, que al fin al pueblo llegó más *alumbrao* que el Divino.

No hay como el vino,—decía,— para cobrarse valor; mas como vino, á fé mia, ¡no hay otro vino mejor que el vino de sacristía!

Pues no sé por qué rareza cuando bebo en las tabernas, pierdo toda mi firmeza, hago cruces con las piernas y se me vá la cabeza.

Y no puede bien sentar, ni tampoco convenir este continuo *danzar*; y más cuando hay que salir

de su pueblo á predicar.

Tanto así que ya no sé, de cómo al presente caso, componérmelas podré, para salirme del paso; mas ¡qué diantre! bien saldré: que aunque de mi no sea dueño, me tomaré en el sermón el exordio con empeño y lo demás es cuestión de pasármelo en un sueño.

Y el párroco de Bendones á las dos horas de haber formulado estas razones, sermoneaba á su placer en la iglesia de Llantones.

Y estas palabras decía pocos instantes después que su exordio concluía. —Arrodillémonos, pues, é invoquemos á María.

Y sin hacerse esperar los fieles se arrodillaron, y cansados de invocar fervorosos esperaron á que volviera á empezar.

Mas los cuartos fueron dando; el tiempo fué trascurriendo, y el orador, tan callando, sin saber qué estaba haciendo ni en lo que estaba pensando.

Y el pueblo se impacientaba: y demostrarlo quería, haciendo que estornudaba, que *escarriaba* y que tosía, pero ¡nones! no empezaba.

Hasta que cierto valiente, alardes de tal haciendo, subió al pulpito impaciente, y vió... que estaba durmiendo ¡y muy campechanamente!

ENRIQUE CARRERA

CON, DE, EN, POR, SIN, SOBRE LOS FESTEJOS

¡Gracias á Dios!

Ya se han concluido los titulados festejos ó las tituladas fiestas del Centenario.

Si Cristóbal Colón hubiera podido presumir que la primera vez que se acordaran de él para festejarle había de ser con buñuelos sin aguardiente, de fijo que hace lo que el saltador del epigrama, que habiendo apostado á que de un brinco atravesaba un estanque

tomó carrera, saltó, mas cuando en el aire estaba, le dió miedo y se volvió.

Colón hubiera sido muy capaz de volverse sin descubrir ninguna clase de Américas, de haber podido presumir que al cabo de cuatrocientos años le obsequiaríamos con unas tituladas fiestas, que así lo son como las Magestades, Altezas, generales, etc., del partido y del ejército carlistas que estamos criando en nuestros pechos, como quien dice, para salir de un compromiso, según la pintoresca frase de un tal Nadal, que acaso sea chiquitin y embustero y que de seguro es bailarín y hasta profesor de baile, con la cooperación de honestas bailadoras.

No bailemos más y volvamos en sí como dijo el filósofo.

No sé lo que habrá pasado en Madrid, en Huelva, ni en los demás sitios donde nos hemos regocijado los españoles al enterarnos de que hace cuatro siglos el señor de Colón ganó con tres malas embarcaciones lo que nosotros hemos perdido con muchos buenos buques.

Pero me consta que lo sucedido en Barcelona ha pasado de lo insufrible.

Cojan ustedes el programa de los festejos; añadan á cada uno de estos la palabra *Plancha*, en letras bien gordas, y tendrán hecho el resumen de los mismos.

¡Y para convertir á la ciudad condal en un establecimiento de planchado hemos estado sufriendo unas apreturas mayores que las que habrá en el valle de Josafat para cojer sitio, allá el día del juicio final! ¡Para eso hemos pasado días y noches andando por encima de los pies de los transeuntes y viceversa! ¡Para eso, en fin, he sido víctima de un allanamiento de morada perpretado por toda la corporación municipal de un pueblo de la costa de cuyo nombre no quiero acordarme!

Ahí es donde me duele, mucho más que en mis triturados callos y en los ojos de pollo que exornan mis pies con todo el aparato que requiere su interesante argumento.

Figúrense ustedes que he tenido que dar de comer, beber y arder á un alcalde rural, á su secretario, más rural todavía y con sus pretensiones de poeta (como que la primera que me soltó fué que venía á disfrutar las *auras gárrulas y tonantes* de Barcelona) y á toda una colección de concejales digna de figurar en la zoológica del Parque.

Se me metieron en casa y no hubo medio de echarlos hasta que se disparó el último cohete y se apagó la última luz de las iluminaciones.

Yo les decía:

—Pero mientras todos ustedes están aquí ¿quién despacha los asuntos municipales?

Y me contestaron:

—El pregonero que no ha podido venir porque su suegra le pegó un mordisco en salva la parte y tiene miedo de que se grangrene la herida.

A cuya satisfactoria explicación añadió el alcalde: —Aquello lo lleva cualquiera; es la cosa más sencilla de mundo: usted va al ayuntamiento á pedirme a'go; es usted amigo mío, pues le digo que sí y en paz. ¿Es usted *de los otros*? Pues le contestó que no y que recorra á Poncio Pilatos.

Yo, convencido de que el hombre hacía las cosas con la misma encantadora sencillez con que lo estaba diciendo, sentí tentaciones de colocarle con sus acompañantes en el partido de los otros y ponerlos á todos de patitas en la calle.

Pero ciertas consideraciones me detuvieron y no hubo remedio: los he sufrido, los he paseado, los he alimentado y los he festejado hasta el final de la apoteosis colombina.

Y crean ustedes que al verme traído y llevado y esplotado y aburrido por aquellos indígenas... de su pueblo, he pensado más de cuatro veces:

—Pero, señor ¿qué culpa tengo yo de que Cristóbal Colón descubriese las Américas hace cuatrocientos años?

BLAS QUITO

AL VIAJERO DEL TREN DE AMOR

(Amigo D. Emilio Montalvo Gimenez)

Si en un tren extraordinario
Pretende viajar tu amor,

Harás gasto innecesario
De agua, carbon y vapor.

Y aunque el guarda de afan lleno
El timbre de aviso toque,
Si no llevas guarda freno
Tendrás de seguro un choque.

Perderás la mercancía,
Se interrumpirá el servicio
E irás á la compañía

A que te abone el perjuicio.
Ya ves que fuera bobada
Ceder á tu pretensión;
No te concedo parada,
Por ahora, en mi estación.

Fija nuevo itinerario,
Que á recta intención responda;
Y quizá en tren ordinario,
Encuentres parada y fonda.

Que aunque cruzó etéreas salas,
No quiere el amor volar
Sino cubrir con sus alas,
A los que saben amar.

JUAN DE DIOS NAVAS.

PODER DEL MIEDO

«Que lo creas ó no me importa muy poco. Mi abuelo se lo narró á mi padre; mi padre me lo ha referido á mí, y yo te lo cuento ahora siquiera no sea mas que por pasar el rato.»

Antolin, llamado por mal nombre *Miserias*, tenía fama de cobarde y lo era en realidad, tanto, que no había en el pueblo perro ni gato, como suele decirse, que no hubiera puesto sus manos, mas ó menos pesadas, sobre las mejillas del desdichado Antolin.

Este, que por su cortedad é indecisión, era más que juguete de todos los mozos del pueblo, se pasaba la vida en un continuo tormento, aunque, al decir de muchos, *Miserias* no se sentía ya los *azotes*, tanta era la costumbre que tenía de recibirlos.

Durante diez y ocho años que á la sazón contaba, recibió el pobre, los insultos y los golpes de sus enemigos, con la mayor resignación: sin quejarse nunca, sin resistirse jamás.

Pero desde esta edad, sin que nadie se explicara *porqué*, *Miserias* comenzó á mostrarse disgustado por los malos tratamientos: solía contestar á un insulto con otro igual y hasta demostrar, á veces, mal contenida rabia.

Y esto como es de suponer no daba á Antolin los mejores resultados sino, por el contrario, solo hacía aumentar la saña de sus enemigos, á los que, si bien él no recibió ya con su habitual resignación, tampoco se atrevía á hacer frente.

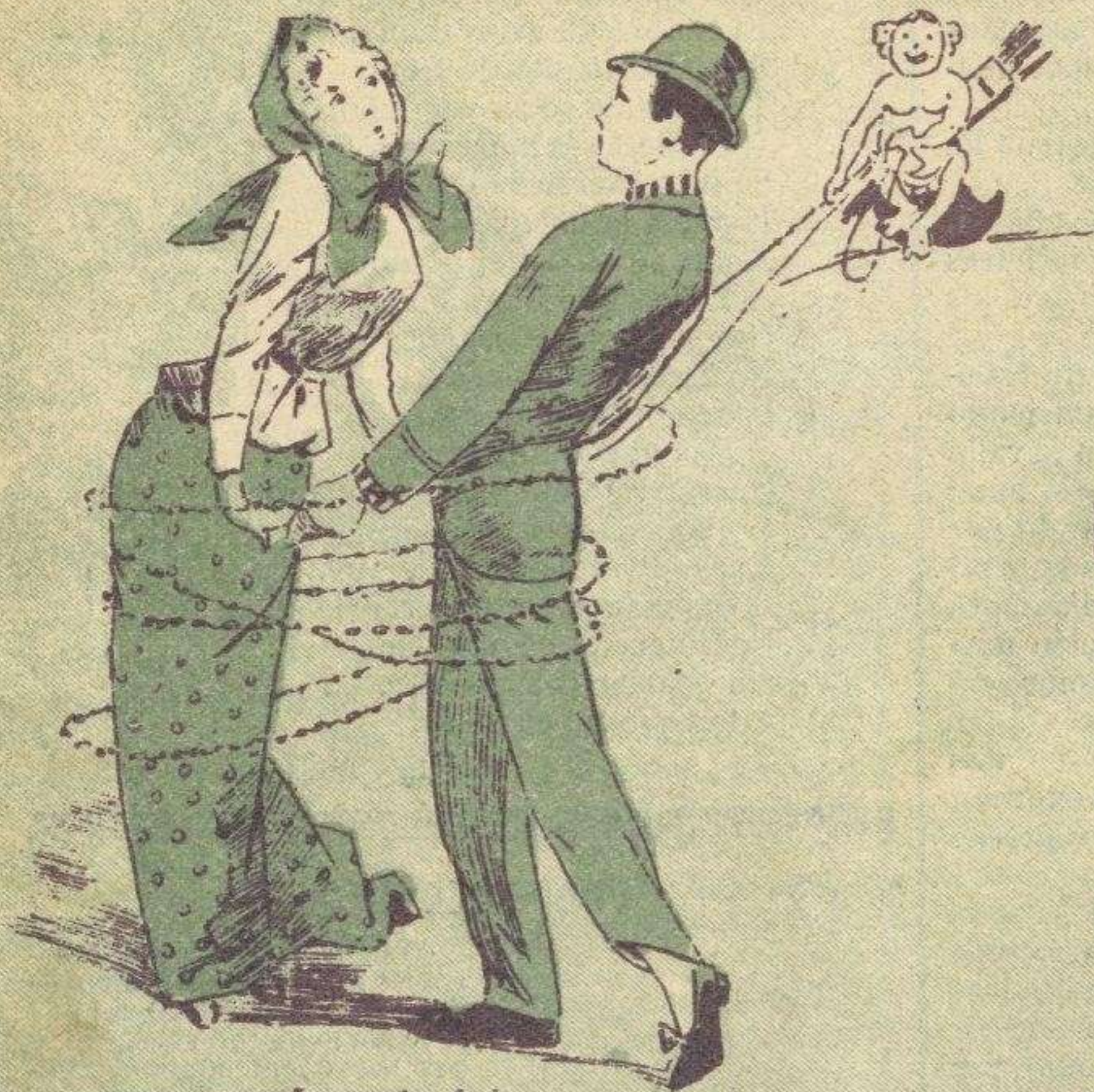
Los enemigos de Antolin eran muchos; muchos, y tan desalmados como son por lo regular todos aquellos que encuentran placer en la desgracia ajena.

Los mozos del pueblo llevaron su saña para con Antolin hasta el extremo de aplicarle una docena de lavativas..., segun dicho de los mismos mozos por ser día de *Corpus Cristi* y para que *Miserias* sintiera la festividad...

La diversión, el *hazme reir* del pueblo era, aunque no era tonto ni lo parecía, nuestro Antolin, solo que temblaba ante una amenaza y se atortolaba al primer cachete que recibía.

Un día se supo en el pueblo *porqué* *Miserias* se revelaba ya contra su suerte, y el odio hacia el pobre aumentó sobre manera.

LAS CADENAS



Las más dulces.
(Las del amor.)



Las mejores.
(Las que suelen llevar esos señores.)

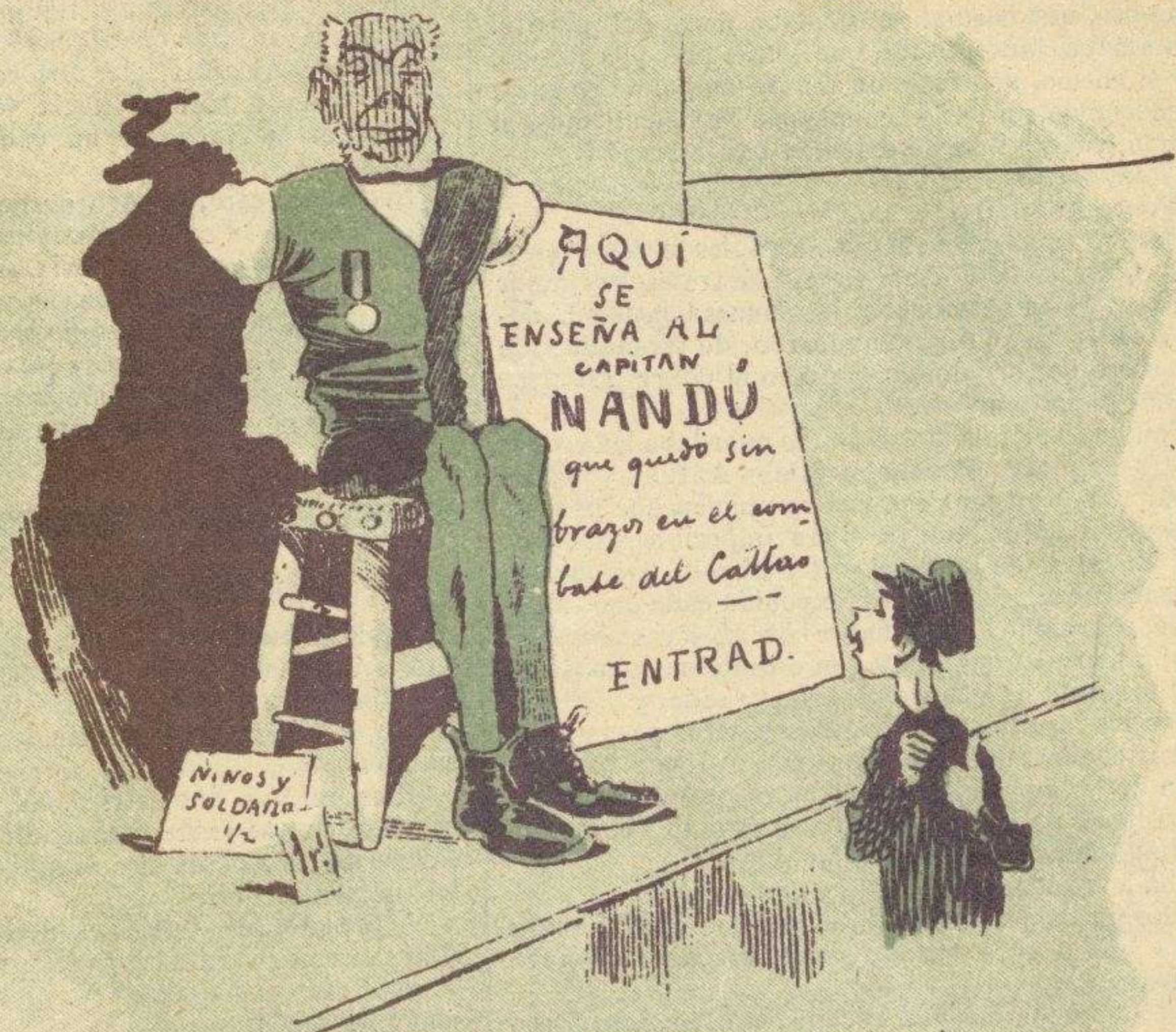


Una muy pesada...

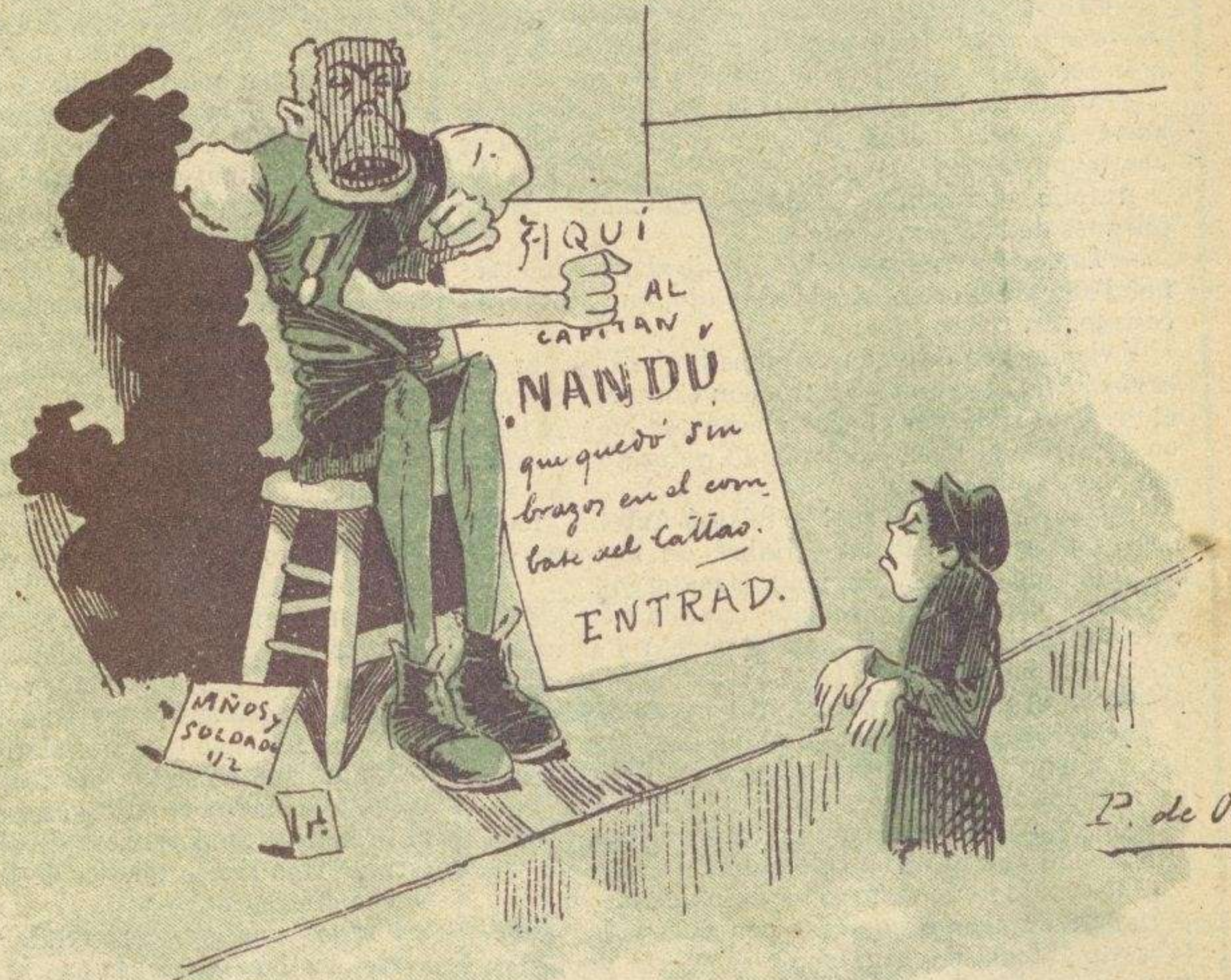


¡¡Pero la más terrible!!

UN FENÓMENO



—¡Sin brazos! Pues ya puedo insultarle: ¡Monigote!



P. de Oro.

—¡Monigote á mí? ¡Si voy allá, granuja, te revientos!

Nadie quería creerlo: ¡Antolín amaba! ¡qué atrevimiento, qué osadía! ¡a la mejor moza del pueblo! y la amaba tanto, tanto, que sentía por ella lo que, por sí mismo, no sintió en tanto tiempo: vergüenza, bochorno de ser un títere incapaz de defenderse á sí mismo ¡cuanto mas de defender sus intereses!

¡Y era correspondido!

¡Pobre Antolín!

Desde el día que en el pueblo supieron que aspiraba á tanto como á hacer suya á la Anica, la mejor moza y la más acaudalada, las chanzas, las cuchufletas y hasta los golpes menudearon, de tal modo, que al tercero de ser público su deseo el pobre *Misérias* apenas podía moverse.

Tumbado allá en la era donde guardaba las yeguas del tío Roque, una noche meditaba Antolín y trataba de poner en práctica una resolución que pusiera fin á aquella vida que ya le era imposible soportar.

Y mientras en la taberna del pueblo, los mozos, sus encarnizados enemigos, exponían cada uno su parecer sobre qué debían hacer con *Misérias* por *atrevido*; mientras unos contaban orgullosos y envalentonados hasta qué punto llevaron su saña, y otros repetían los insultos á él dirigidos y otros preparaban nuevas chanzas y todos á un tiempo aseguraban y se reían de la impasibilidad del mozo, éste, abandonaba su lecho de juncos, tomaba su cayado y se dirigía precipitadamente en dirección al río.

¡Iba á suicidarse!

Pero no había andado la mitad del camino entre la era y el puente cuando sintió pasos y se detuvo miedoso.

Un momento después reconoció al Sr. Paco, uno de sus mas crueles enemigos.

Antolín se echó á temblar.

—¿Eh, animal? gritó el Sr. Paco ¿A dónde vas y cómo ni buenas noches dices?

—¡Buenas noches, Sr. Paco!—dijo Antolín un tanto temblon. ¡Buenas noches!—Volvió á decir algo más decidido como si ya no temiera los palos.

—Sí, bruto, sí,—contestole el Sr. Paco llegando hasta él.—Sí, buenas noches,—añadió poniéndole una mano sobre la cabeza.

Antolín se estremeció; metióse una mano entre los pliegues de la faja.

—Tomad las buenas noches,—dijo alargando al señor Paco un enorme cuchillo—y ojo, que allá va mi cayado, Sr. Paco.

Y viendo que éste contemplaba impasible el arma, *arrimó leña* con tantas ganas, con tanto acierto que el Sr. Paco rodó por el suelo; levantose luego y huyó en dirección al puente, corriendo, veloz, como alma que lleva el diablo...

—¡Qué desgraciado soy!—esclamó Antolín viendo desaparecer al Sr. Paco.—¿Habré de matarme yo? ¡Si ya no me atrevo!.. No, no, ¡me matarán!..

Y corrió, corrió en dirección opuesta á la que llevaba el Sr. Paco, y entró en el pueblo y al primer mozo que halló ¡*Pum!* (1) estacazo limpio... Huyó aterrado el primero, pero Antolín estaba decidido á hacerse matar, y la emprendió con otro, y con otro, y con todos, y todos huyeron despavoridos creyendo á Antolín un castigo del cielo, una furia del infierno ó un mónstruo capaz de *cargarse* á la humanidad entera de un solo golpe...

¡Tal era de imponente el aspecto de Antolín!

Daba á derecha é izquierda con el cayado, insultaba y maldecía y renegaba de su suerte, deplorando no encontrar quien le matase...

Quedó el pueblo casi desierto. Únicamente las

(1) Pídase en todas partes.

mujeres y algunos niños refugiados en sus hogares contemplaban, tras de algunas rejas y á respetable distancia á Antolín, que, furioso, recorría la población buscando, bien lo decía él despues, no donde desahogar su furor sino un valiente que le quitase la vida...

No lo encontró, y, poco después, calmado su ánimo y rendido su cuerpo, marchose á descansar, ¡qué ocurrencia! á casa de su novia, sin acordarse ni de la era, ni del tío Roque ni de sus yeguas...

Ocho días después, Antolín era alcalde del pueblo. Se llamaba D. Antonio y la alcaldesa D.^a Ana.

D-bemos preferir á suicidarnos hacernos matar por los mismos que amarguen nuestra existencia.

SEGUNDO LOZANO

OTRA VEZ EL SEÑOR ALBAREDA

Habló el buey y dijo... mú.

Y escribió un suelto de gacetilla el redactor musical de *El Diluvio*, propósito del concierto del Lírico, y dijo... que la música de aquella noche había sido *tétrica*.

¡Hombre! Con que *tétrica*, eh? ¿Pues no habíamos quedado en que había habido allí hasta el clavo y la canela de las Andalucías, según espiritual rasgo de mi amigo Pascual?

Y por qué fué *tétrico* aquello, señor Albareda? ¿Para tirarles chinitas á los Wagneristas? Pues mire V. que esta vez ha estado V. inferior á su talentazo, señor Albareda.

No es que yo le critique á V. que escriba según le parezca, no señor; hasta prefiero que lo haga así y no como el maestro Rodríguez Alcántara, que decía la otra noche pestes de Pedrell y de *lo cant de la montanya*, y después se aguantó al escribir en la *Reinaixensa*. Pero, francamente, llamar *tétrico* á un programa en que vá incluida la mística escena de *Parsifal*! Debería V. estar cuando menos más respetuoso con Wagner. Yo bien sé que el señor Albareda lleva su fatuidad hasta lo increíble, de tal suerte que para él Chueca es superior á Bizet, y *La casa del oso* mejor que *Cármén*. Hasta recuerdo haber leído en 1881 en *Le Menestral* copiándolo de *El Diluvio*, para befa y escarnio por supuesto, de la prensa barcelonesa: «que la sinfonía heroica de Beethoven se llamaba seguramente así por el *heroísmo* que se necesitaba para oír durante cuarenta minutos, música tan pesada.» Y no sé si fué por esto ó por alguna otra majadería que le quedó al señor Albareda el mote de *insensato*.

Pero á lo menos entonces tiraba el *insentato* derecho al bulto y nada le importaba habérselas con el propio Beethoven.

Ahora cambia de bisiesto, y no sabiendo como morder á la Sociedad Catalana de Conciertos y á su director el maestro Nicolau, va, y por hacerse el original, dice que sus programas son *tétricos*.

¡Y mire V. que llamarle *tétrico* á Mendelssohn!

En fin, que no se le vé la tostada á la apreciación, y que á lo más, si el público no apreció en lo que vale el grandioso final primero de *Parsifal*, no fué por *tétrico*, sino por lo místico de la escena, en lo que vá mucha diferencia.

Por lo demás, ya comprendo á donde tira el crítico en cuestión. Otra vez que se reunan los aficionados de Barcelona con el fin de darse el gustazo de oír buena música. llamarán al *insensato* ofreciéndole la Presidencia de honor y la dirección artística de la Sociedad.

Y entonces el señor Albareda podrá organizar las sesiones musicales á su gusto, al estilo de las que dá en su casa de Blanes durante la canícula, con fragmentos del *Robinson* ó de *El hombre es débil*.
Y aquello sí que no será música tétrica.

VALLERI



DESDE MADRID

Los Teatros

ESPAÑOL.—Vico, se ha propuesto demostrar que es el primer actor de España, y lo está consiguiendo todas las noches. También obtiene muchos aplausos la Sra. Contreras y el resto de la compañía.

COMEDIA.—Nada de particular: poco público y.... aburrido.

PRINCESA.—Se ha verificado la *reprisse* de *Paris fin de siglo*, con tan buen éxito como el estreno en el año anterior.

En el número próximo daremos cuenta del estreno de *Luisa Peranquet*.

ZARZUELA.—*El rey que rabió*, vuelve á traer numeroso público á este teatro. Aunque han cambiado algunos de los intérpretes, la popular zarzuela de Vital y Carrión, resulta tan agradable como en un principio.

Los CIRCOS, presentando novedades y llevándose muchos espectadores á pesar de lo avanzado de la temporada.

He aquí todo lo nuevo que ocurre por Madrid, respecto á lo que en esta sección podemos tratar.

En vísperas de San Isidro, hicimos algunas profecías *à priori* que resultaron tal como las hubimos de profetizar; ahora, como hemos guardado prudente reserva, nadie podrá decir que LA SAETA, tuvo necesidad de rectificar sus juicios.

Y dicho ésto, quédame lector amigo, el derecho de retirarme por no serte más molesto.

TARTARIN

Octubre 20.

MISCELÁNEA

Un tuerto pregunta á un barbilampiño:

—¿Cuándo te dejas la barba cerrada?

Y el otro le replicó.

—¿Y cuándo te dejas tú el ojo abierto?

Pensamientos.

El silencio es la virtud de los débiles.

Los malos son unos enfermos que no quieren médicos.

Come el pan con tal exceso
el bueno de don Camilo,
que hoy me dijo su señora:
—¡Mi esposo es tan panegírico!...

Pensamiento de un avaro:

«Desconfiar de las personas caritativas. Eso no es natural.»

Del Circo Ecuestre.

Adolfo dice á Bebé:

—Chico, me encuentro bastante malito. Anoche no pude dormir.

—¿Y por qué?

—Porque tomé una taza de café. ¡Ya se sabe! Cuando tomo café, no puedo dormir.

—¿Qué cosa más curiosa! A mí me sucede todo lo contrario.

—¿Y qué te sucede?

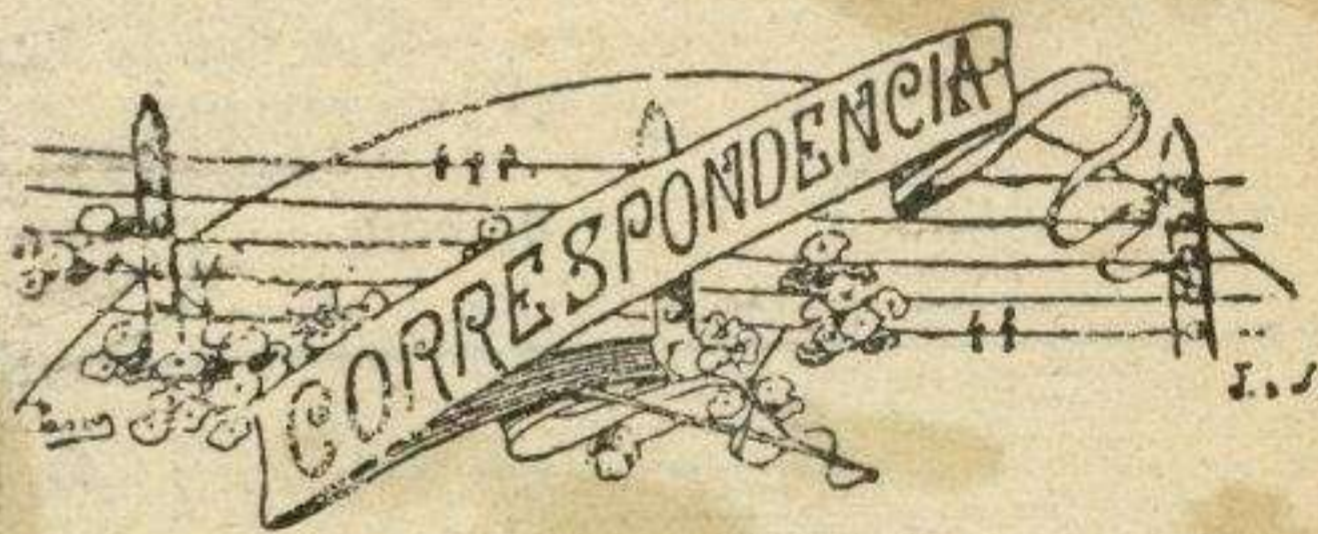
—Nada, que cuando duermo no puedo tomar café.

Menudencias

De ser verdad el refrán que dice «El hombre y el oso... mi amigo Luís Tafetán es el hombre más hermoso.

El empresario Nadal leyó el juguete de Pita y dijo á éste: necesita que vierta en él mucha sal. Por lo cual, Pita ligero fué á casa de su patrona diciendo: doña Ramona, ¡vierta V. aquí un salero!

JOSÉ DOZ DE LA ROSA



Moreno.—Todos tienen algun defectillo.

J. S. B.—La prueba de que tiene incorrecciones en que pone usted este verso que no es octosílabo:

en su casa ó en la alcaldía.

Y además hace usted consonantes á *Patricio* y *Municipio*, que nunca lo han sido. Conque nada de presunciones, joven

J. F. y P.—No sirve nada.

Zadig Madrid.—Irá.

El Babas.—La composición es pasable, salvo las faltas de ortografía que me la hacen sospechosa.

M. V. S. Madrid.—No va.

Cucufate.—Irá.

El saetazo.—Irán dos.

J. M. J. y M.—Todo flojillo.

Imp. Tallers, 51 y 53

CORRESPONSAL EN BARCELONA

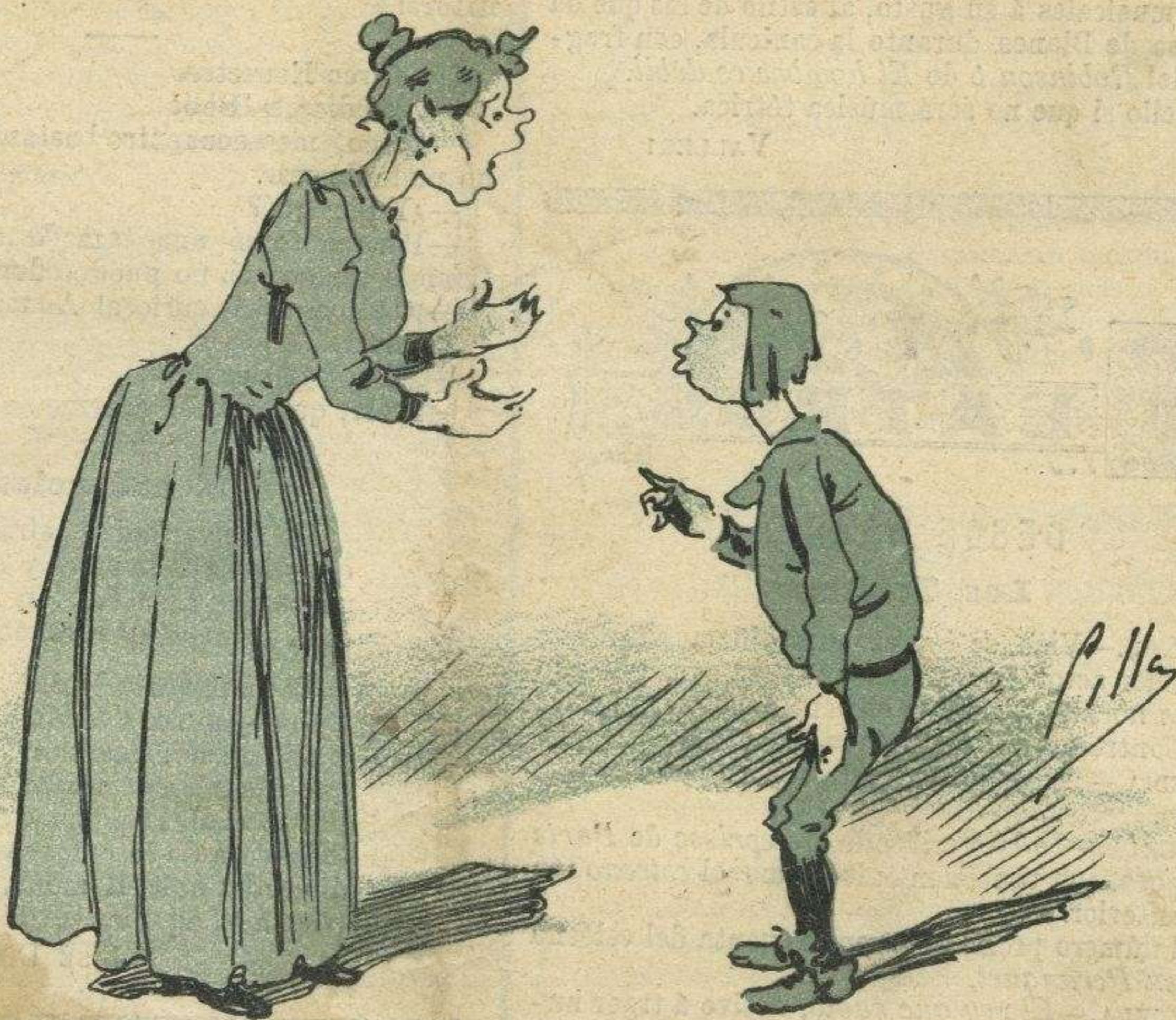
para la venta de los periódicos de Madrid

La Correspondencia, *El Liberal*, *El Globo*,
El Pais y *El Correo*

Don Pedro Motilba, Rambla del Centro
Kiosco núm. 5.

En dicho kiosco se proporcionarán números atrasados de los periódicos antes citados al que lo desee.

¡ANIMALITO!



—¡Con que te has comido media arroba de arropo!
 ¡Vas á reventar, condenado!
 —No hay miedo... Me he tomado con él un azumbre
 de vino.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL
 FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo. — Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ES

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo que contienen poesías, velas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTE

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas ilustrados con profusión de lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación.

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.º Bernardo, 27, bajo